

14.

Deconstruccionismo: una herramienta apropiada en la construcción de la identidad de una escritora chicana lesbiana

En 1966 Jacques Derrida inaugura un movimiento crítico nuevo en los Estados Unidos de Norteamérica que se expande a través de los años setenta y ochenta hasta nuestros días y en el cual se cuestionan los supuestos filosóficos occidentales desde Platón. El filósofo parte de que la noción “estructura” siempre presupone un “centro” de significado de alguna naturaleza. La definición de centro se encuentra en el corazón del estructuralismo; de hecho, una estructura es como un punto de origen que reemplaza a otros centros de origen (Lodge, 1988: 110). Posteriormente, y de acuerdo a los post-estructuralistas, este “centro” gobierna la estructura aunque ella misma no está sujeta a un análisis estructural, debido a que buscar la estructura del centro significaría encontrar otro centro (Webster, 1997:112-114).

Oponiéndose a esta concepción logocéntrica, Derrida introduce la idea de un texto que tiene un sentido cambiante, no unificado, donde existen múltiples capas de significado que operan en la lengua. De ahí que al deconstruir los trabajos de especialistas previos, el pensador intenta mostrar que la lengua se transforma permanentemente y que el signo emerge como una serie de diferencias que muestran su naturaleza dividida -*différance*- al mismo tiempo que posponen la presencia de lo que las palabras significan a través de substituciones infinitas de significantes. Este “juego de signos” -cuando lo marginal se convierte en lo central, y lo central en lo periférico- continúa *ad infinitum*.

Al aplicar estas concepciones derrideanas al concepto de identidad, se infiere que ésta no es una esencia otogada por Dios; que no se hereda sino que se construye, que no puede alguna vez existir sin un despliegue de negativos; que nada fijo es permanente y que en su lugar prevalece la ambigüedad, la contradicción y la

María Graciela Adamoli

pag. 179-187

indeterminación. De igual forma, los textos vistos bajo la mirada post-moderna se caracterizan por ser polisémicos y creativos y sus escritores por manifestar una postura no canónica, careciendo de una identidad específica, aunque de alguna manera y paradójicamente intenten definirla. Se puede expresar también que dichos escritores se encuentran ante una encrucijada de variables tales como la raza, la etnicidad, la nacionalidad o la clase social, y también aquellas que delimitan aspectos tales como el género y la orientación sexual. Factores todos ellos que por otra parte conforman una fragmentación que define el tiempo presente.

Los Estados Unidos de Norteamérica fueron a menudo comparados con los modelos europeos de una manera injusta y desfavorable, cuando eran estados coloniales dependientes. Pero luego lograron crear con éxito aquellos mitos que expresaban una homogeneidad nacional y se construyeron ellos mismos en un país independiente y primermundista. Si se tiene en cuenta su historia más reciente, es bien conocido el hecho de que está marcada por diferentes olas migratorias que arribaron desde todas partes del mundo y que estas olas de distintas gentes y razas que han llegado a esa tierra prometida, son un desafío a quienes ya se encontraban y que por lo tanto se consideraban los poseedores de la misma. Ambos, los miembros del poder hegemónico y aquellos que constituyen nuevas etnias, tienen la tarea de redefinirse a sí mismos en términos de la nueva configuración de la nación de la cual forman parte.

Los chicanos, a pesar de ser los primeros dueños de esa tierra, producida por su herencia hispano-indígena, fueron y son tratados como si fueran cualquier otra minoría étnica que emigró hacia los Estados Unidos. Por otra parte su mestizaje ha determinado su condición híbrida y esta condición es un tema que se encuentra en todas sus manifestaciones literarias junto con su lucha contra la dominación. Su batalla fue y continúa siendo contra la segregación, y su lucha contra el dogma, el canon y el poder de la palabra hegemónica. Aunque las mujeres chicanas comparten estas cuestiones en toda su completa expresión, ellas manifiestan ser víctimas a su vez de una doble marginalidad: como gente de color que sufre injusticias discriminatorias y como mujeres en una sociedad centrada en lo masculino. Esta división o más bien subdivisión de cuestiones no finaliza aquí, ya que como corolario de lo anteriormente enunciado ellas sienten la necesidad de crear un lenguaje más igualitario para expresar un mundo diferente. Sus enemigos no son únicamente los blancos, el mundo de los hombres, sino también las mujeres blancas, porque sus metas y deseos no son coincidentes al partir de una escisión original determinada por la raza. Sumado a esto, las definiciones acerca de las diferentes opciones sexuales determinan nuevas separaciones y discrepancias, convirtiéndose en un tema actual absolutamente controversial. De esta forma, la cadena completa de intersecciones de raza, clase, género y sexo provoca un debate intelectual imperioso y post-moderno. Lo que es muy interesante es que en la re-invenición de su visión del mundo- previamente impuesta y excéntrica- las escritoras chicanas se ven ellas mismas forzadas a hablar en contra de su propia formación y cultura, y al hacerlo se

encuentran más cercanas a la mayoría de las otras mujeres marginadas del panorama americano. Finalmente, tan importante como la construcción del propio lugar en la sociedad americana, es la necesidad de forjar un corpus teórico dentro de esa sociedad que las juzga periféricas.

En su artículo "The Dialectics of Subjectivity" **Ramón Saldivar (1990: 174-5)*** toma de Adorno la definición de identidad por la que entiende una "no identidad bajo el aspecto de identidad" para sostener el valor de la multiplicidad, la diferencia y la diversidad. En la concepción de Adorno, el sujeto y el objeto se construyen uno al otro tanto como se oponen uno al otro. De ahí que propone una identidad que no es positiva, ni absoluta, que se satisfaga en sí misma en su estabilidad - los cimientos de los sistemas ideológicos hegemónicos- porque ésta puede ser inducida, impuesta y ulteriormente controlada. En vez de ello, postula que una identidad periférica, siempre cambiante y decentrada altera el patrón por el cual una sociedad posiciona al sujeto. De acuerdo con estos razonamientos teóricos y en lo concerniente a la narrativa chicana, Ramón Saldivar asevera que "no es unificada ni linear", más bien "complejamente dialéctica", que no se basa en síntesis o reconciliaciones, que continuamente se conforma sobre el inestable "límite de la diferencia entre las ideologías mexicanas y americanas", y que afirman las contradicciones implícitas en sendos trasfondos culturales.

Teniendo en cuenta estos conceptos, el propósito de este artículo es discutir algunas de las estrategias ensayísticas y temas de representación y adjudicación por medio de los cuales Cherríe Moraga, una voz dentro de las escritoras étnicas lesbianas contemporáneas, construye su perturbada identidad personal, genérica, post-colonial y post-moderna, a la vez que resignifica su contexto cultural específico.

La escritora chicana Carla Trujillo afirma que a fin de ser "conocidas", las lesbianas chicanas deben confrontar su sexualidad (**Trujillo, 1993:120**) y esto es lo que Cherríe Moraga hace precisamente cuando escribe *Waiting in the Wings* portrait of a queer motherhood en 1997. Con inteligencia y con un elocuente uso del lenguaje logra crear una "ficción- autobiográfica" post-moderna, subvertir el status quo de lo que tradicionalmente se ha concebido como familia y traer aquellos temas considerados tabú - inseminación artificial, amor entre dos personas del mismo sexo y religión- a la palestra.

Esta clase de ficción autobiográfica hace del alumbramiento y la maternidad sus temas centrales. El sujeto autobiográfico describe con mucha precisión el proceso de inseminación artificial, el embarazo y nacimiento de su hijo, convirtiéndonos en participantes de sus propias dudas, alegrías y temores, con el propósito de lograr la solidaridad del lector y producir el efecto de naturalidad acerca de una situación antinatural.

Asimismo, el lector puede percibir los conflictos del escritor en su trabajo como creador de textos que colisionan con sus propias experiencias personales de vida. Estos dos nacimientos paralelos, del texto y del hijo, nos hacen reflexionar

* Todas las traducciones son de mi autoría.

acerca de la complejidad del discurso narrativo y dudar con respecto a cuál de las dos situaciones es una metáfora de la otra. La misma Moraga expresa: “esta escritura es mi propia “fiction” personal, aunque luego en el mismo párrafo agrega: “me refiero a mis amigos íntimos como...” y luego: “Algunas veces he reconfigurado la cronología de los acontecimientos descriptos... a fin de cumplimentar los requerimientos de un cuento dramático”. Estas citas ponen en tela de juicio la especificidad del género narrativo, es decir, si estamos en presencia de una ficción, de una real autobiografía o de una autobiografía novelada. Por otra parte, estas citas están incluidas bajo el subtítulo “Sobre el nombre, género, y lenguaje” antes del prólogo del trabajo –que no tiene sus páginas numeradas- como si no formara parte del texto, pero al mismo tiempo con el propósito encubierto de otorgar verosimilitud al mismo, a través de una clara definición de términos. La escritora asevera que el libro es una suerte de biografía poética, “*poet’s memoir*”, porque “aún el dar a luz no satisface el hambre creativo del artista” (p 22). Esta indeterminación continúa al estructurar la narrativa en tres secciones a las que agrega un prólogo y un epílogo, siguiendo la división tradicional de una ficción, aunque luego agrega una página reconociendo las “fuentes informativas”, para conferir veracidad y autenticidad a sus palabras. Además de ello incorpora poemas, citas refiriéndose a sí misma, sus propias entradas de un diario personal, y una carta –una mezcla de recursos literarios propios del trastocado mundo post-contemporáneo-, elementos que coadyuvan a forjar la imagen de un marco referencial narrativo indefinido, y que a su vez constituye una de las tantas indefiniciones diseminadas en todo el texto y a partir de las cuales la autora construye su identidad.

Gloria Anzaldúa, quien comparte con Moraga la misma orientación sexual, plantea su posición de escritora lesbiana y de color manifestando que “para muchas de nosotras los actos de escritura... son actos deliberados... determinados a subvertir el *status quo*. Los actos creativos son formas de activismo político que emplean estrategias estéticas definidas para resistir las normas culturales dominantes...” (1990: xxiv), expresiones que ayudan a entender la manera en que las escritoras lesbianas chicanas tratan de forjar su identidad.

Otro tema importante en el texto que estructura la identidad de la autora es su posición en relación a su comprensión de la institución familiar. Ella explica que:

“yo no he construido una familia con una compañera mujer, firme como el seguro mundo cambiante, ni con muchas mujeres a quienes llamo comadres, ni con el donante que hoy llamo compadre, ni con mi familia de sangre” (p 16)

La ambivalencia de la situación presentada previamente es que la autora no logra definir con claridad qué significa una familia para ella, ya que excluye de ese círculo a sus parientes de sangre, a su pareja mujer, y al padre biológico de su hijo. Sin embargo, en la página siguiente reconoce que cuando ella “estaba creciendo, el *nosotros* de mi vida era siempre definido por las relaciones consanguíneas. *Nosotros* significaba familia.” (p17)

Más adelante, plantea lo siguiente:

(...)“la búsqueda de un nosotros que pudiera abrazar todas las partes de mi ser me llevó más allá de los confines de las ataduras familiares heterosexuales”.

Palabras que muestran la indecisión de la escritora tanto como su búsqueda de una nueva concepción de familia. Más aún, pareciera como si en el acto mismo de expresar las mismas estuviera tratando de darles un nuevo y más apropiado significado, al cambiarlas, definir las y redefinirlas de acuerdo a las experiencias vividas. De ahí que se pueda coincidir con **Tey Rebolledo** —otra escritora chicana- cuando manifiesta que las complejidades de las chicanas son infinitas puesto que han crecido y sobrevivido a lo largo de las fronteras, mundos, culturas y sistemas culturales, al acomodarse y ajustarse en los espacios existentes entre ellos (1996:210).

La imprecisión de las palabras de la narrativa -¿o se debiera decir de la inhabilidad de la escritora de tomar decisiones?- se refuerza en otro episodio, cuando el sujeto narrador va a visitar a su abuelo -con su hijo Rafaelito- quien se está muriendo. Ella expresa:

“Esperamos porque Pablo, muy nuevo en su paternidad, no sabía si ese era el lugar de preguntar. Yo no sabía si ese era el lugar adecuado para ir. Ambos, Pablo y yo tratando de imaginarnos qué tenían que hacer nuestra sangre y huesos con esta tarea de conformar una familia de homosexuales. Pero somos mexicanos. La sangre importa. Por eso, en el último minuto, llevé a Rafaelito a Los Angeles a visitar a “Tata”, su moribundo abuelo paterno.” (119).

Es evidente que la posición de la escritora acerca de las relaciones consanguíneas es contradictoria e incongruente. Desde el principio de la lectura del párrafo se evidencian la fluctuación de sus sentimientos ante circunstancias que no se siente segura de poder enfrentar. Toma la decisión de visitar a un pariente de sangre -“*blood relative*”- debido más a un impulso o a un movimiento inconsciente, producto de enseñanzas del hogar, que a la certeza de haber seguido un comportamiento correcto. La misma autora, como **Carla Trujillo** ha expresado, asume que las lesbianas chicanas deben constantemente crear o modificar su “familia”, debido a que esa institución no es motivadora de su existencia (1993:120). Además de esto, el elegir ser madre siguiendo un método artificial alternativo es visto por la sociedad como un fracaso, al no poder llevar a cabo la labor de educar a sus hijos apropiadamente, y no seguir los parámetros de lo socialmente aceptable.

Con respecto al tema de la homosexualidad y de acuerdo a la definición del diccionario Webster, ésta se caracteriza por “un deseo sexual por aquellos que tienen el mismo sexo que uno mismo”, pero para la voz narrativa de *Waiting in the Wings* también significa una actitud general y una forma de comportarse en la vida. En este sentido el sujeto narrativo declara:

“Cuando chica y como marimacho, nunca fantaseé acerca de tener hijos”... Yo asumí que... nunca me casaría con ningún hombre, nunca tendría chicos.” (p 19) Y luego ella afirma “(...) lesbianas (aquellas de nosotras que se encuentran en el lado más masculino del espectro) no éramos realmente mujeres. Nosotras éramos amantes mujeres, una especie de tercer sexo, pero definitivamente no éramos

hombres. Tener niños era algo "real" que las mujeres hacían —no los marimachos, no las chicas que desde la primaria sabían que eran lesbianas" (20).

No obstante, durante el transcurso de su vida ella se da cuenta de la inutilidad de su predicamento, su "falta de una auténtica maternidad o paternidad, y la absoluta impotencia de ser una madre como amante lesbiana" (21) y esta es la razón por la que años más tarde decide concebir un hijo. **Ana Castillo**, otra escritora Chicana lesbiana, al hablar de sí misma con respecto a su sexualidad, explica que ésta les ha sido negada; por lo tanto han tenido que atravesar varias fases para poder explorar sus "yos eróticos mientras trataban de permanecer fieles a los aspectos mexicanos/chicanos/latinos/indígenas/mestizos de nuestra identidad sociopolítica" (1995:141-3).

Para llevar a cabo su proyecto de ser madre la autora de *Waiting in the Wings* solicita a un amigo, un hombre homosexual, que lleve a cabo el desempeño del padre en la tarea de proveer la semilla que engendrará a su hijo. De esta manera, aunque ella se ha declarado un "marimacho" —"butch"— decide en este caso ejercer la función de una madre biológica. Este intercambio de roles, del masculino al femenino y viceversa es constante en su vida. Se pueden leer sus reiterados cambios de humor y de comportamiento en los comentarios de su diario personal de los días 1 de abril y 18 de Junio:

(...) "Yo soy una esencia femenina aliviada de toda carga." (35)

"Desperté esta mañana como una madre expectante, preocupada. No sé si es el embarazo o las alergias que nuevamente me causan tanto sueño..."

"Hormonas. Lloro libremente y sin ninguna censura ..."

"Ella no interpreta mi tristeza, mis lágrimas inducidas por las hormonas. Se queja de mi odio a los hombres, mi resentimiento hacia el pene (envidia). Voy a la cama revolcándome en mi aislamiento y alienación por ser diferente, yendo aún contra mi amante lesbiana. Ella es una mujer, yo creo. Ella no puede realmente comprender." (44-5)

Expresiones que muestran una situación paradójica, ya que por un lado se comporta como cualquier mujer sensible embarazada, pero por otro lado es capaz de demostrar una actitud masculina condescendiente, la clase de actitud que ella rechaza de una manera absoluta. Luego, para agregar algo más de confusión a sus palabras y sentimientos tan ambivalentes, declara:

"(...) He construido mi vida diaria hasta el punto de sentirme fuerte aún fuera de la prisión del patriarcado. Esta no es una expresión retórica. Esta es la realidad de mi existencia y el mundo hogareño en el cual criaré a mi hijo. ... Aún la maternidad no me ha hecho sentir lealtad hacia ellos". (108)

Estos dichos denotan su posición cambiante de dentro-fuera, centro-periferia, y afirman el hecho de que con sus palabras y comportamiento se desconstruye a sí misma, ya que el significado que de ellos emana sólo puede ser estructurado de acuerdo a lo que hubiera expresado anteriormente. Sin dudas, no es sorprendente que el sujeto narrador haya elegido a un individuo homosexual

masculino para que fuera el padre biológico de su hijo, habiendo expresado previamente que dentro de su pareja con otra lesbiana ella ejercitaba el rol del hombre—“*the butch*”.

“La bondad de Ella hacia mi durante mi preñez ha abierto mi corazón hacia ella de una manera que no puede ser revertida. Ella me ha permitido depender de ella. Y, por primera vez en mi vida, lo hago” (41)

Ramón Saldivar afirma que “las autoras chicanas deshacen no solamente la presunta permanente soberanía de las oposiciones binarias abstractas, sino también y de igual manera, las formas corporales materiales” (1990: 175). En la narrativa, pareciera como si el sujeto, en su búsqueda de una nueva estructura familiar, estuviese atrapado en el símbolo, en la imposibilidad de una definición estable y en las limitaciones de la palabra para resignificar el mundo. Todo ello debido a que en su ansiedad por concebir y crear un nuevo arquetipo familiar, ha reproducido sin embargo el esquema patriarcal tradicional, aunque de una manera invertida. Esta es la clase de oposición asimétrica, o una jerarquía cargada de valor —“*value-laden hierarchy*” mencionada por **Jonathan Culler** en *On Deconstruction*, en el cual un término se promociona a expensas del otro (1983: 180-181). Esta “nueva” conformación familiar constituye la condición jerárquica invertida.

Carla Trujillo manifiesta que la religión es otro tópico muy afin a la vida de las chicanas y que representa la “esperanza de una vida mejor en la vida futura y un control social en ésta”, y que está “basada en la tradición de un control patriarcal, y en una represión sexual, emocional y psicológica” (1993: 121). Estos aspectos y convicciones también surgen del texto de Moraga como asimismo muchas instancias de sentimientos ambivalentes acerca de la religión de sus ancestros, que ilustran la inhabilidad de la escritora de definirse a sí misma con claridad tanto en asuntos concernientes a la fe, como su identificación como sujeto post-moderno. Cherrie Moraga expresa:

”Yo rezo por Tede, maricón, Yo rezo por mi propia lista personal de de hermanas y hermanos HIV-positivos... Y yo rezo por ...” (35)

“Mi fe ha sufrido un desafío. Fe ¿en qué? ...¿A quién rezar? ¿Al desapasionadotrostro de la virgen India...? ¿Al cuerpo roto de la diosa lunar azteca...? ¿Es ésta su fuerza...de la que me sostengo, una fuerza femenina lo suficientemente potente para eclipsar el sol? ¿O es el océano de Califas...?” (58)

(...)”Mi fe ha sido desafiada.... Quizás Rafaelito (refiriéndose a su hijo) me traerá una más profunda manera de creer. Rafael: “el poder curativo de Dios...” (59)

“En la sala de espera...he traído un rosario, el de madera que me ha ddo mi madre. Ella y yo nos protegemos mutuamente..., nos abrazamos una a la otra y rezamos. “Dios te salve, María...” (64)

(...) mi padre se ha convertido en una de “nosotras” (significando Mexicanas Católicas). Pero yo se que ya no soy más uno de “ellos”...Un servicio de dos horas y media y yo me he quedado resentida. Un ritual vacío. ...Me lo digo a mi

misma...Mi catolicismo- sus símbolos mexicanos, su indianismo- es una plegaria tan privada que ya no se parece a la religión. Yo soy una hereje..." (107)
"Yo creo en esto. Yo creo en una desolación que puede ser llenada con desinterés..." (107)

Estos ejemplos señalan cómo a través de toda la narrativa no se detectan declaraciones sólidas y firmes sino significados opuestos expresados casi en forma simultánea. El significado circula en el texto, siempre expresado por medio de la diferencia, por el otro. El significado es aquél que difiere y el que se pospone. Esta es la manera en que el deconstruccionismo trabaja: revocando, oponiendo, excluyendo aquello que se encuentra esperando para ser descubierto. La misma escritora reafirma mi posición acerca de que su escritura es deconstructiva, abierta a una lectura deconstructiva, que aspira a crear el sentido de una nueva identidad a partir de la inestabilidad, de la exclusión, de la sustitución del juego de significados, y del entretejido juego de textos. Cherrie Moraga declara:

"Me siento sobrecogida por este misterio de cómo el amor y la sangre y el hogar y la historia y el deseo se fusionan y colisionan para construir el ser de un niño y el sentido de familia" (Moraga: 125).

En términos derrideanos, el proyecto contra-hegemónico post-moderno de Moraga afirma una identidad a través de la diferencia –*différance*–, una identidad no esencialista basada en lo que **Chela Sandoval** ha denominado "conciencia diferencial". La otredad étnica se deconstruye a través de las posiciones diferentes que el "sujeto-en-proceso"¹ (1995: 81) asume, y de las contradicciones intrínsecas de este movimiento. Más aún, podemos aseverar que su estratégica subjetividad mestiza se caracteriza por la pluralidad y se concibe como un lugar de resistencia al ordenamiento de las relaciones de poder existentes.

Cherrie Moraga, como mujer escritora lesbiana usa la palabra para su auto-representación, aquella que marca un paso más adelante hacia la clase de liberación a la que Hélène Cixous se refiere como posibilidad de cambio, "el espacio que puede servir de lanzamiento al pensamiento subversivo, el movimiento precursor de una transformación de las estructuras sociales y culturales." (Cixous: 1980:256)

Leer el texto de Cherrie Moraga de una manera deconstructivista es un modo de adentrarse en un juego reflexivo de contradicciones, referencias múltiples, y de un incesante cuestionamiento de conclusiones y respuestas, pero allí se encuentra la respuesta de la búsqueda de la escritora y de la creación de su identidad, ya que está construida sobre una escritura deconstructiva, y la deconstrucción es afirmativa de la multiplicidad, las paradojas, y la riqueza de nuestras vidas como seres significantes. Si la escritora parece negar afirmaciones es porque sabe que la afirmación existe sólo en la presencia y por virtud de la negación. Esta es la razón

¹ Citada por Norma Alarcón, en "Cognitive Desires: An Allegory offfor Chicana Critics," in *Las Formas de Nuestras Voces: Chicana and Mexicana Writers in Mexico*, ed. Claire Joysmith (México: UNAM, 1995)81.

del porqué—al decir de Moraga- “para vivir plenamente debemos abrazar nuestras muertes, (...) y, “cada día es un nacer y un morir de este tiempo en nuestras vidas juntas ...” (126); y también éste es el porqué la escritora, consciente de los aspectos teóricos deconstructivos, paradójicamente finaliza su novela-autobiografía uniendo la vida y la muerte en un conflicto sin fin del simbólico juego de signos:

“Rafael Angel es un mensajero de la muerte, no en el sentido negativo de la palabra, sino en el sentido de que trae noticias del cruel y repentino milagro del ciclo de nuestras vidas. Yo podría escribir que él es un mensajero de la vida, pero sé que es más verdadero reconocer que mi esporádica y tranquila tristeza en los momentos más profundos de alegría con mi niño, tiene que ver con este conocimiento completo de la impermanencia ...y éste, también, pasará”. (127)

Bibliografía

- Alarcón Norma, (1995) "Cognitive Desires: An Allegory of/for Chicana Critics," en *Las Formas de Nuestras Voces: Chicana and Mexicana Writers en Mexico*, ed. Claire Joysmith (México: UNAM).
- Anzaldúa Gloria, ed., (1990) *Making Face, Making Soul/Haciendo Caras* (San Francisco: Aunt Lute).
- Castillo Ana (1995) "La Macha. Toward an Erotic Whole Self" en *Massacre of the Dreamers*. (New York. A Plume Book).
- Cixous Hélène (1980) "The Laugh of the Medusa", en *New French Feminisms*. (Amherst: University of Massachusetts Press).
- Culler, Jonathan (1983) *On Deconstruction. Theory and Criticism after Structuralism*. (Ithaca, New York, Cornell University Press,).
- Lodge, David, (1988) "6. Jacques Derrida" en *Modern Criticism and Theory. A Reader*. (London y New York. Longman).
- Moraga, Cherríe (1997) *Waiting in the Wings. Portrait of a queer motherhood*. (Ithaca, New York. Firebrand Books).
- Rebolledo Tey Diana, (1996) "The Politics of Poetics: or, What am I, A Critic, Doing in This Text anyhow?" en *Chicana Creativity and Criticism*, por Herrera Sobek María and Helena María Viramontes eds. (US, University of New Mexico Press).
- Saldivar Ramón (1990) "The Dialectics of Subjectivity" en *Chicano Narrative*. (Wisconsin. The University of Wisconsin Press).
- Trujillo, Carla (1993) "Chicana Lesbians: Fear and Loathing in the Chicano Community" en *Chicana Critical Issues*. (Berkeley. Third Woman Press).
- Webster Roger (1997) *Studying Literary Theory*. London. 2nd ed. Arnold).